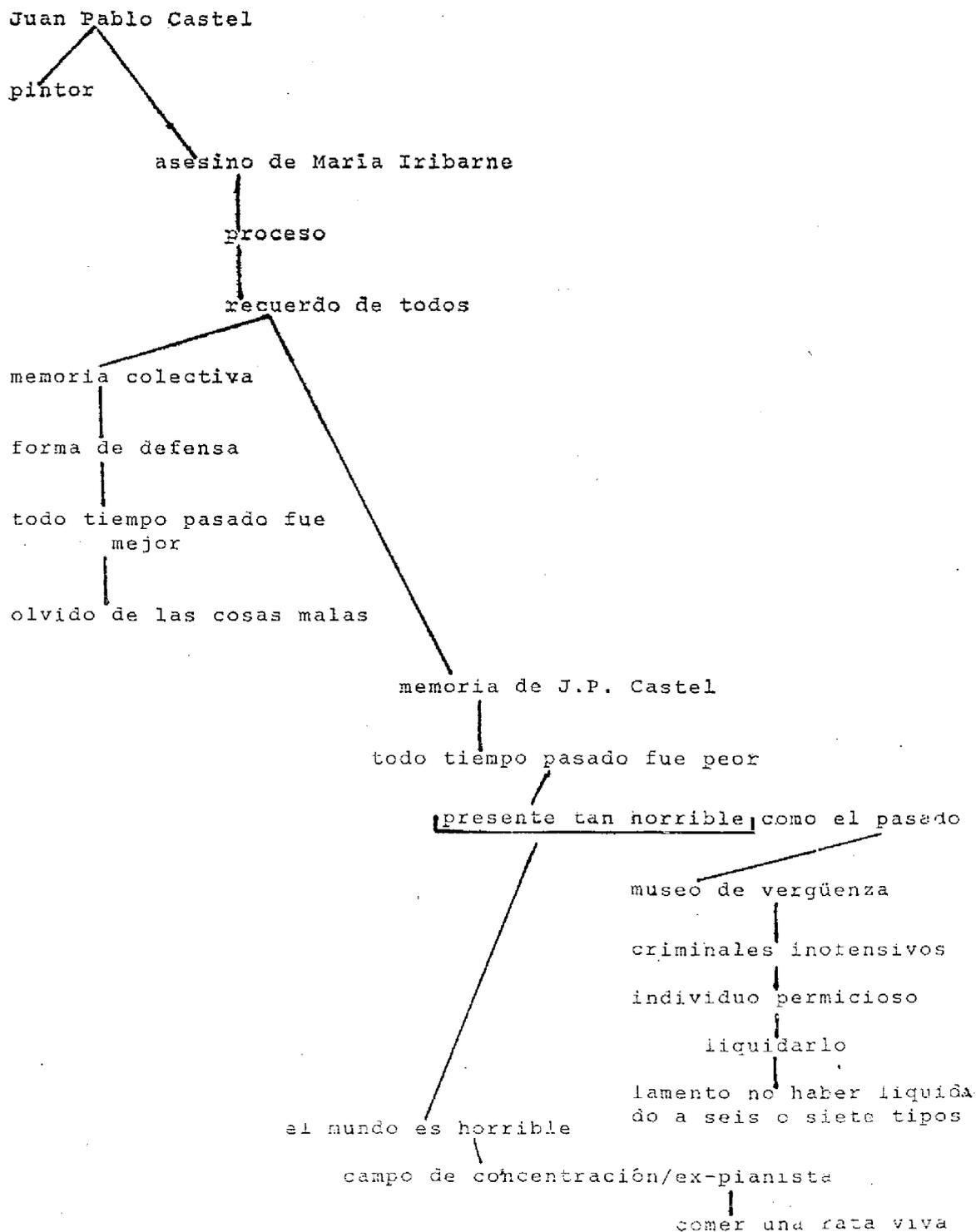


cuenta de que tal afirmación, a pesar de ser resultado lógico de sus anteriores premisas, provocará serios conflictos, especialmente para quien está estableciendo una especie de código moral. En el párrafo siguiente del capítulo I vuelve Castel a la idea de que el mundo es horrible y justifica su opinión citando el ejemplo del pianista al que obligaron a comer una rata viva en un campo de concentración. El capítulo termina bruscamente con la afirmación de que no desea continuar hablando de este tema.

El siguiente esquema intenta representar la estructura del pensamiento de Castel:



El esquema nos permite sacar varias conclusiones:

1. La cadena argumentativa se desarrolla en una especie de libre asociación. Un solo detalle aislado de la frase anterior da origen a una nueva idea que, en realidad, ya no tiene nada que ver con el tema principal. De esta manera cada una de las distintas cadenas argumentativas, aisladas entre sí, desembocan en el vacío sin volver a tomar el hilo del tema principal. El pensamiento de Castel es, por lo tanto, «centrífugo» (13). Se va alejando cada vez más del objeto—es decir, de la realidad—que pretende analizar, lo cual es igualmente aplicable al análisis de su propia personalidad. Efectivamente constatará que su mente se encuentra dividida: «¡Cuántas veces esta maldita división de mi conciencia ha sido culpable de hechos atroces!» (p. 86).

2. El pensamiento de Castel funciona de forma antitética. Se limita a negar una tesis sin llegar a una síntesis que englobe a ambas, tesis y antítesis. Su pensamiento resulta, en última instancia, destructivo. Asesina a la única persona que hubiera podido rescatarle de su soledad. Una síntesis presupone una perspectiva totalizante que Castel no consigue alcanzar nunca, posiblemente porque carece de una sólida escala de valores sin la cual la búsqueda de una síntesis resulta inútil y sin sentido. El mismo describe su estado con una metáfora bastante afortunada: «Pero imagine usted un capitán que en cada instante fija matemáticamente su posición y sigue su ruta hacia el objetivo con un rigor implacable. Pero que no sabe por qué va hacia este objetivo, ¿entiende?» (pp. 41-42).

3. Una mente que se mueve en el análisis antitético de detalles encontrados al azar y que no consigue relacionar las respectivas conclusiones, cae en contradicciones con gran facilidad. En el primer capítulo de la novela se nos presenta una de estas contradicciones entre la depresión que sufre Castel al leer el informe policial y el arrepentimiento por no haber asesinado a algunas personas nocivas, según su punto de vista, para la sociedad, con lo cual su mismo nombre hubiera aparecido en tales informes. Esta contradicción se acrecienta aún más con el hecho de que el protagonista desprecia a la humanidad en general: «Siempre he mirado con antipatía y con asco a la gente (...)» (p. 49). Sólo en casos excepcionales está su «desprecio por la humanidad (...) transitoriamente ausente» (p. 50). ¿Qué razón existe, por lo tanto, para librar a la humanidad de ciertos «tipos» que la perjudican?

(13) Cfr. Sábato, Ernesto: «Sobre la metafísica del sexo», en *Sur*, marzo-abril 1952, p. 31: «Hombre: de la realidad a lo descabellado, centrifugamente.»

III

Del análisis del capítulo introductivo de la novela se desprenden algunos rasgos esenciales del funcionamiento específico del pensamiento de Castel. Otros rasgos importantes se irán perfilando a lo largo de la novela.

Al principio del capítulo II el narrador repite textualmente la primera frase del primero, ya que ha perdido el hilo de la historia. En los capítulos III y VI procede de manera similar. La primera frase del capítulo V es prueba de que él mismo se da perfectamente cuenta hasta qué punto se deja arrastrar por divagaciones superfluas: «Me he apartado de mi camino. Pero es por mi maldita costumbre de querer justificar cada uno de mis actos» (p. 22). Con anterioridad ya se había preguntado: «¿Pero, por qué esa manía de querer encontrar explicación a todos los actos de la vida? (p. 12). A esa auto-crítica se unen las observaciones de María con las que ella intenta esquivar las preguntas reiteradas que sobre mínimos detalles le hace constantemente Castel: «¿Por qué todo ha de tener respuesta?» (página 66). Al intentar Castel precisar la relación entre María y su marido, ésta reacciona con la siguiente respuesta: «Vos has dicho mil veces que hay muchas cosas que no admiten explicación y ahora me decís que explique algo tan complejo» (p. 83). Pero Castel no acepta esa evasiva y continúa implacablemente su interrogatorio.

Tal tipo de afirmaciones, que podríamos continuar citando, caracterizan a Castel como «animal rationale», cuyo pensamiento forma parte, por así decir, de las funciones de su sistema vegetativo. Todo el resto de sus capacidades, especialmente la emocional, se hallan reprimidas o al menos deterioradas por el predominio de la razón. Podría incluso afirmarse que Castel sólo vive cuando piensa y porque piensa. La decisión más importante de su vida, matar a María, es una decisión razonada y lógica. La comenta con las siguientes palabras: «Mi cerebro es un hervidero, pero cuando me pongo nervioso las ideas se me suceden como en un vertiginoso ballet; a pesar de lo cual, o quizá por eso mismo, he ido acostumbándome a gobernarlas y ordenarlas rigurosamente; de otro modo creo que no tardaría en volverme loco» (p. 36).